LA «TERRIBLE» PLAGA DE LOS GAMBERROS

POR **MIGUEL ALABRÚS**

NOS metemos con los gamberros porque estas personas, precoces o absolutamente intransigentes en sus diversas especialidades, intervienen constantemente en nuestros ocios, diligencias y diversiones. Somos parte integrante del público que compone y asiste a fiestas, espectáculos, reuniones y manifestaciones de convivencia y relación sociales, y los gamberros no respetan nada ni nadie. Quizás este tema sea una cansina reiteración, pero aunque de artículos fulminando a los gamberros escribiéramos un año seguido, no nos adelantaríamos nunca, ni tan sólo llegaríamos a equipararnos, a la majestuosa importunidad y pesadez que han entronizado en todas partes —y en Figueras y esta comarca como en ninguna otra por lo que se ve, se oye y se consiente— unos individuos tan autóctonos como sencillamente molestos. Elementos no notables pero sí notorios, que en cada instante y oportunidad que tienen esquivan y torean naturalmente las leyes más elementales de la urbanidad e incluso de la decencia pública o colectiva, y a veces no diremos que aplaudidos, pero sí contemplados con actitud indiferente por un público, desgraciadamente bastante numeroso, que ya nada le escalfa ni le enfría.

Nosotros, en este momento, y en todas cuantas ocasiones tengamos de arremeter seriamente contra esta mala hierba muchas veces impune y bien salida de la tierra, ofensiva desde el primer rebrote o contacto con todos los seres vivientes, no desearíamos comportarnos como críticos o censores de este frecuente y, aquí sí, reiterado escándalo que daña nuestros intereses, no sólo morales o profesionales, sino que también con estas ligerezas y gamberradas de algunos se atrofian, se pierden o van a menos los sentimientos de buen gusto, educación y honradez de un público que debería ser mucho mayor en número que el de los gamberros. Tampoco nos gusta sermonear a nadie. Sólo queremos defendernos, y eso nadie nos lo puede privar. Los gamberros se aficionan a todo, incluso se atreven a insultarle a usted, amigo caballero, o a usted, amiga señorita. ¿Quieren ustedes conocer ahora, para su control, nuestras estadísticas sobre la cantidad de gamberros que pululan por nuestras tierras?

Es posible que la estadística sobre el gamberrismo no tenga mucha importancia, porque de lo contrario el público ya habría dado al traste con ella y con la plaga misma que evidencia aquélla. De todas formas aquí van nuestros números que sí pueden ser concluyentes y muy gráficos, no tenemos la pretensión de que se nos respeten como absolutos, definitivos o irrebatibles. Si alguien entre nosotros, se cree mejor enterado, le agradeciríamos su intervención y colaboración para, si nos muestra razones de peso, poder corregir, rectificar o aumentar nuestros propios números de ésta, creemos nunca realizada estadística. Otra cosa: Esta estadística no es ningún fichaje ni para colocar un número sobre las espaldas de cada gamberro, ni para intimar o sujetar a los mismos que andan sueltos por ahí. Voceamos tan sólo con esta estadística para que el público figuerense y ampurdanés se vaya acostumbrando a poseer aquel sentido de la responsabilidad que tanta falta nos hace a todos. Además, no crean ustedes que esta estadística ha sido hecha por ganas de hacer números al azar o acertijos efímeros e irresponsables. De ninguna manera.

La experiencia, nuesta experiencia, poco ha intervenido en la estadística sobre los gamberros de esta población y comarca. Somos todavía jóvenes y desconocemos las propias visiones de la época de medio siglo atrás. En cambio, hemos podido subsanar esta diferencia indagando, preguntando a personas de edad avanzada, a periodistas y sujetos «vivos» de aquellos tiempos, y, también para suplir la experiencia que nos faltaba de aquel momento, nos hemos leído toda la prensa local o comarcal desde primeros de siglo, aprendiéndonos de memoria o trasladando a unas notas particulares, sendas y brillantes gacetillas o informaciones que hablan ya de los gamberros y como de un mal crónico de la época. Los dirigentes municipales de nuestros padres, sin embargo, fueron felices porque, si bien existió el problema gamberrístico, al fin acabaron con él, o lo atenuaron, después de ímprobos esfuerzos, por lo que se lee a través de los periódicos de antaño.

Ya tranquilizados un poco nosotros por las anteriores aclaraciones y algo más preparados ustedes, sírvanse ustedes mismos ahora leer y meditar, si lo tienen a bien, sobre la siguiente estadística, que va de veras: En el año 1900 y alrededores del mismo, podía caber en Figueras un 5 % de gamberros sobre la población y un 2,75 % sobre la comarca alto ampurdanesa. La despedida y francachelas propias de finales o primeros de siglo, no influyeron para nada en el ambiente de este país ampurdanés y los gamberros quedaron reducidos a los de siempre. Si hubo alguna alteración o incorrección durante aquellas noches, aquel frenesí y alocamiento fueron sólo cuestión de horas. Tal vez no llegaron a representar ni una noche de gamberrismo de ahora.

Los gamberros de 1900, bien mirado, eran tan inocentes que incluso algunas de sus excentricidades de entonces nos parecerían hoy un juego de niños o un pasatiempo normal. Aquellos gamberros se distinguían, entre otras cosas, en las serenatas por las calles, de madrugada y cantando debajo de una ventana en cuya habitación intentaba descansar una linda muchacha. Esto, claro, es un poco de gamberrismo a nuestros ojos, pero resultaba difícil y hasta heroico. Normalmente salían mojados de arriba a abajo aquellos transnochadores amigos del canto y de las jóvenes hermosas. También leemos que se disfrazaban, pero los antifaces duraban un par de días, tres a lo sumo, y que con semejante indumentaria alguno de los que trocaban interinamente su personalidad había cogido la mano de alguna chica sin el pretexto y consentimiento que caben en los bailes. Para estos casos de pública «agresión» a una muchacha habían multas y amonestaciones muy serias.

Entre los años 1915 y 1925 notamos que tuvo que subir el nivel del gamberrismo. En Figueras se daba el 8 % de gamberros y en nuestra comarca el 5 %. ¿Qué había sucedido? Podríamos atribuir a varias cosas este aumento de falta de civismo y de edudación. Sólo fijamos nuestra atención en dos hechos que juzgamos importantes, trascendentales. La guerra en Europa hacía estragos, tanto en plena contienda como después de ella, y la invasión de pornografía acaparaba casi toda la atención juvenil y era un polvorín encendido en estas tiernas manos muy poco hábiles ni bien forjadas para disimular los efectos catastróficos de láminas y textos tan funestamente repartidos y mal controlados. Es a partir de esta época que la muchacha, la joven, la mujer empieza a peligrar, a sentirse ofendida y comenzáronsele a sonrojar las mejillas en plena calle o sala de espectáculos, donde el típico gamberro ya había sentado sus reales. Aquel romántico gamberro que aguantaba impertérrito aguaceros debajo de una ventana o balcón florido ya entra, en este decenio, sin haber formalizado las relaciones ni promesas consiguientes, dentro de la casa de su vehemente deseo, causando en ella estruendosos y notables desperfectos.

El gamberro es fruto de una época o de lo que sea, pero lo cierto es que si se intenta reprimirlo oficialmente se desborda por otro lado e interrumpe en otros aspectos y modalidades. Durante los años 1926 y 1931 siguió aumentando el gamberrismo en nuestra ciudad. En la comarca también creció y fué en los medios rurales donde tuvo que actuarse enérgicamente debido a que, en los pueblos, había arraigado la mala costumbre de quemarse los vecinos, unos a otros, los pajares y los haces de trigo amontonados en las eras y campos. El porcentaje de gamberros durante este quinquenio es el 11 % en la ciudad y el 9 y medio % en los pueblos. En estos años se dictaron órdenes muy severas para atajar el daño y el perjucio inherentes a una grotesca y absurda pérdida del respeto mutuo. Se suprimieron algunas manifestaciones exteriores y privadas que podían haber dado pie a fomentar expansiones y groserías de los gamberros. Pero el mal venía, y vendrá siempre, de la raíz.

Entonces surgió el gamberro algo alegre por la bebida y por algunas cosas más. Este país empezaba a beber bien y algunos hasta demasiado. También aparecieron los gamberros picapuertas, los pulsadores de timbres de las casas particulares y los rompe-vidrios de los escaparates, ventanas y balcones, a consecuencia, tal vez, de que en este tiempo los padres frenaron algo más los impulsos primaverales de sus hijas y el gamberro se vengaba de ello destrozando exteriormente y molestando a la fortaleza que no se le rendía. Siempre en aumento, el porcentaje de gamberros de los años 1932 y 1936 es el 14 % en Figueras y el 10 % en el resto de la comarca. En esta temporada, demasiado larga por cierto, los gamberros se ensañaron y deleitáronse rompiendo cristales, jardines, árboles y otras protecciones y adornos en los centros de enseñanza.

El perfecto gamberro, por allí los años 32 y 36, entró en las aulas y esta intromisión fué fatal. Los desmandados propusieron al hombre de la calle la palabra soez, la blasfemia, el chiste crudo y erosivo. El uniforme no delimitó su circunscripción y el comportamiento social tornóse gravísimo, pavoroso, amenazador. Estuvo de moda la blasfemia y el país tanto comía como blasfemaba.

En nuestros días, no se sorprendan ni se escandalicen nuestros lectores, el gamberrismo ha llegado a representar un 26 y medio % de la población en la capital de la comarca y el 15 y medio % en los pueblos. Existen algunas razones poderosas para hacernos comprender este crítico crecimiento y envalentonamiento del gamberro. Habrá, además, algún fermento de tipo universal que produce como una enfermedad incontenible, purulenta, terrible, loca. Porque ya todo se ve a lo loco, señores... No vamos a decir ni a comentar más sobre el caso ahora, porque nos extenderíamos demasiado. Lo dejaremos para otro rato, si ustedes gustan.

JOYAS
RELOJES
MIGUEL QUINTANA
Avenida de José Antonio, 10 - FIGUERAS